



# El paso del oficio a una profesión tecnologizada

Como una evocación borrosa que pujó por extraer de una memoria ya traqueteada, encuentro la imagen de aquel que para mí era un veterano y a quien yo veía llegar a eso de las 5 de la tarde a la redacción de "Semana Gráfica", una revista de la editorial Abril para la que trabajé hacia 1971. Muy delgado y dueño de una mirada inquieta y un poco truculenta, el veterano llegaba y se sentaba a su escritorio, colocando a la Lexikon 80 parada sobre su parte posterior, con el teclado mirando al otro lado del periodista. Él se

JOSÉ RICARDO ELIASCHEV

*Es conductor del programa radial "Esto Que Pasa", que emite Radio Nacional, columnista internacional de "Informe Central" (América TV) y editorialista político de "Diario Popular" y "El Día" de La Plata y autor de varios libros, entre ellos "A las 6 de la tarde", "Esto Que Queda" y "Sobrevivir en Buenos Aires". Trabajó como periodista profesional en Roma, Caracas, Nueva York y México DF, además de Argentina. Es Master en Relaciones Internacionales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).*

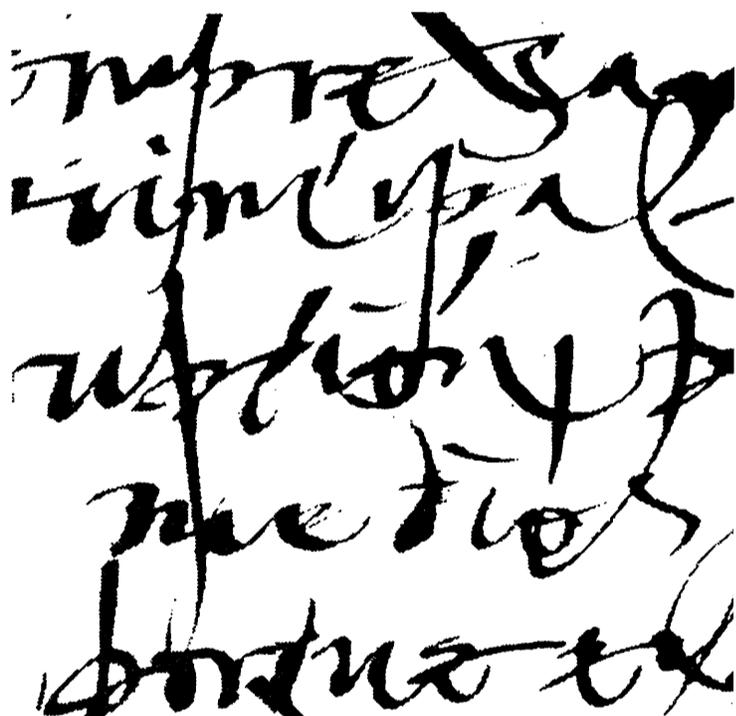
sentaba, se desajustaba la corbata, sacaba y encendía un cigarrillo y le echaba una mirada despreciativa a la redacción, donde si bien yo era muy joven, todos eran, de alguna manera, menores que él. Después de la primera bocanada, el escriba iniciaba su periódico relato. Venía de un "telo", decía, había estado "embulinado" desde la madrugada previa y, a renglón seguido, describía con minuciosidad su hartazgo sexual, contando todo lo que había y le habían hecho. Terminado el "falso", ante unos reporteros que o se ruborizaban o se hundían en su texto sin querer escuchar las proezas de este periodista veterano, el tipo volvía a sentar sobre el escritorio a la Olivetti, se arremangaba la camisa, gruñía, colocaba papel "de pauta" en el rodillo y se lanzaba a telear, fumando, puteando, hablando en voz alta, murmurando, sacudiendo la máquina de escribir con vigor, con dos dedos, como todo periodista profesional que se precie (el que escriba con más de dos dedos no es un periodista, es un "comunicador social").

Pero cuando este veterano, que en 1971 tendría unos 45 años, sacaba violentamente la última página de texto de su máquina y apilaba las cuartillas para corregirlo a mano, con birrome, lo más seguro es que terminara produciendo una crónica sabrosa y llena de semi verdades sobre sus especialidades. Porque este as del relato de sus proezas sexuales con mujeres relativamente oblicuas, era un es-

pecialista en cuestiones policiales. En sus textos había secuestradores y asesinos, perversos sexuales y putas envejecidas, traidores y maleantes de todo pelaje. Tenía, claro, acceso a las "fuentes policiales", de las que -naturalmente- era confidente y privilegiado favorecedor. Pero este personaje gris y más bien lamentable, era un periodista brutal, un sagaz recolector de historias, de tramas y de trampas, un sabueso de fino olfato, moralmente inimputable y, tal vez, hasta un "service" de ocasión, pero técnicamente atractivo. Yo lo contrataría para una redacción de la que fuera jefe, pero jamás aprobaría un texto suyo sin la debida edición y tras verificar fuentes con muy escrupulosa minuciosidad.

Eso es lo que pasaba. Este veterano que se ufanaba al atardecer de una redacción porteña en Leandro Alem y Paraguay de sus módicas hazañas de putañero, jamás había leído nada

sobre teoría de la comunicación, ni sobre lingüística; ignoraría hasta la tumba el por qué y el para qué de la semiología, jamás habrá decodificado, ni contextualizado, ni retroalimentado; fue anterior al postmodernismo pero tampoco supo en su vida qué cosa fue el modernismo. Era un periodista típico de los de hace 30 años, más o menos leídos, más o menos viajados, displicentes y opacos,



ANCLAJES

vírgenes aún a las violaciones y desmesuras del estrellato mediático, ingenuos y modestos, infinitamente menos propensos a los errores de ortografía y los dislates sintácticos que hoy campean insolentemente en diarios y revistas. Pero también imprecisos y un poco ligeros, rechonchos de adjetivaciones y bastante exentos en muchos casos de la obligación de ser claros, rotundos, serios, documentados y precisos.

El periodista de oficio era la norma hace 39 años, cuando yo empecé a ejercer la profe-

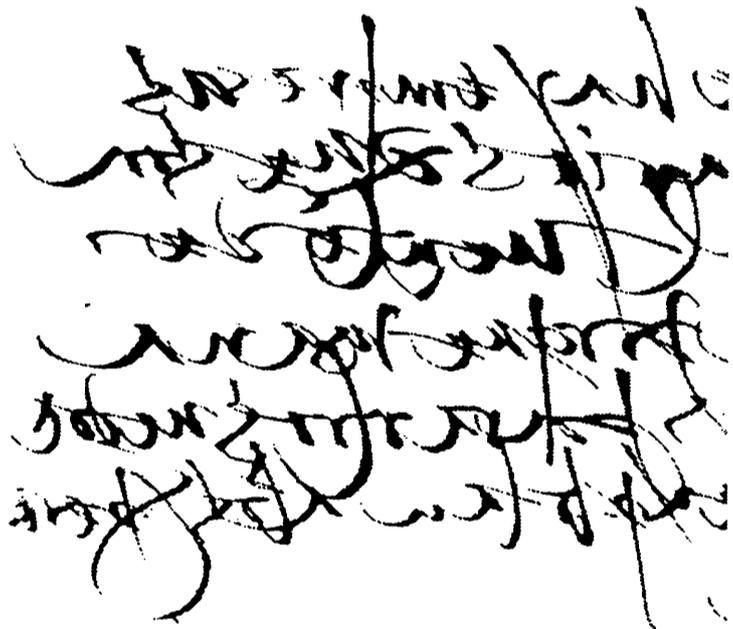
sión. Yo mismo ya lo era a los 19, cuando debuté como redactor porque escribía "bien", según me dijeron. La única idea de formación profesional que teníamos en esa época en la Capital Federal era los cursos del grafotécnico, pero hasta mediados de los años ochenta las redacciones porteñas tenían poco o ningún vínculo con los egresados universitarios de una "ciencia" a la que nadie reconocía como tal: la comunicación. De oficio, gente que se hacía haciéndose, aprendiendo de jefes y editores, de secretarios con antigüedad que siempre te llamaban "pibe" y que habitualmente zamarreaban sus máquinas con un cigarrillo encendido colgado a un costado de su labio inferior.

Para ser periodista de oficio había que tener algo que ahora casi no existe: un amor demente por la actividad, una facilidad desmesurada para drogarse con el olor a tinta. Porque periodismo era tinta: cuando yo me inicié, el único periodismo que había en TV era el Reporter Es-

so de Armando Repetto, que duraba ¡15 minutos! por día, y los informativos de radio Rivadavia y radio Colonia, noticieros donde nadie opinaba pero con los cuales uno se enteraba de lo que pasaba en el país y en el mundo.

Tinta, entonces, "¡calentitos de los diarios!", como voceaban los canillitas a la madrugada, revistas que uno esperaba para leer con fruición porque ambas instituciones (periódicos y semanarios) eran gigantescas ventanas al mundo, al alma, a la vida. Adrenalina y poderoso berretín que enamoraba o rechazaba, pero los periodistas de oficio no tenían una "carrera", sino que enloquecían con un quehacer que provocaba adicción de por vida.

¿Evocación nostálgica y onanista? No necesariamente. En una Argentina que no logra zafar de su barbarie cultural aguda, el periodismo es hoy relato de presente y anticipada (y precaria) historia del futuro, construida sobre lagunas interminables de ignorancia y frivolidad deliberadas. Los profesionales del periodismo argentino del siglo XXI son egresados de instituciones en las que deben prepararse junto a aspirantes a publicistas y candidatos a relacionistas, al lado de proyectos de comunicólogos y legiones de personas que no saben bien qué quieren hacer con sus vidas, excepto dedicarse a "algo relacionado con la comunicación". Tal vez uno de los clivajes esenciales que rompen la continuidad entre pragmáticos de oficio



y universitarios de profesión haya sido el escenario nacional y el mercado de trabajo. Mis coetáneos se metieron en diarios y revistas no para poder enriquecerse patrimonialmente, sino porque así hacíamos lo que más nos gustaba. Y no podíamos creer que nos pagaran por eso. Haber transitado las aulas de una licenciatura, en cambio, abre las puertas de "una carrera", entendida como secuencia articulada y coherente, al cabo de la cual el periodista profesional desembocaría en una suerte de clímax existencial: firma, reconocimiento, prestigio, reputación, viajes, dinero.

Por de pronto, los egresados de las facultades de comunicación tienen, de cara a los veteranos de oficio que aún subsisten, la ventaja de ser profesionales con un horizonte técnico mucho más vasto. Han crecido con la explosión tecnológica y no sabrían trabajar sin internet ni telefonía celular o satelital, sin mini grabadores del tamaño de un paquete de cigarrillos ni acceso a televisores con 80 señales diferentes las 24 horas los siete días, sin este inmenso arsenal de posibilidades que a menudo convierte al profesional en un operador. De allí deriva la ductilidad que no tenía el periodista de la generación anterior a la mía, personas que, además, se desarrollaron en climas de opresiva falta de libertades civiles y perspectivas democráticas.

El de "oficio" era un periodista acondicionado por la censura y

las imposibilidades, alguien para quien era más lo que no se podía decir que lo que sí se podía, un diestro infiltrador de sobrentendidos que se colaban, a veces, en los intersticios del rigor vigilante.

El egresado universitario vive desde 1984 en democracia. Una persona que nació en 1981 y debuta en 2003 como periodista, a la misma edad que yo tenía cuando fui contratado por la revista "Todo" de Bernardo Neustadt (en la que eran jefes y secretarios periodistas de la talla de Rodolfo Pandolfi, Enrique Raab, Edgardo Damommio, Luis Alberto Murray y Esteban Peicovich, y en la que éramos cronistas Pablo Gerchunoff, Milton Roberts, Rolando Hanglin y yo), no ha conocido nunca nada similar a la censura, a la quema de libros, a la prohibición de diarios y revistas, a las cadenas de radio y TV obligatorias y permanentes, a los bandos militares, a la persecución ideológica. Son mejores. Quiero decir: hoy pueden presentarse en el "piso" de un programa de TV o de radio cua-

lesquiera de los más enconados enemigos del capitalismo y de la democracia "burguesa" y explicar lenta y meticulosamente cómo y por qué van a derrocar al "sistema". Nadie se sonroja, nadie se inquieta, nadie tiembla.

En 1985 se vino el mundo abajo cuando en mi programa "Cable a Tierra", que se emitía por la entonces ATC, conduje un debate y encuesta pública acerca de la relación que pudiera haber entre el amor y el tamaño del pene. En 1985 la Iglesia Católica estaba en guerra contra

*No me hay empresas  
que se han ido en  
un momento de  
crisis y porque por un  
momento se han ido  
en un momento de crisis*

ANCLAJES

el gobierno del presidente Alfonsín porque éste estaba a punto de hacer aprobar en el Congreso la nueva ley de matrimonio civil que legalizaba el divorcio. La Iglesia sacó a la Virgen de Luján a la calle para expulsar al demonio laico que intentaba demoler a la familia y a la civilización "occidental y cristiana". Y en ATC nosotros hablando de sexo y amor, de mitos y mentiras, de penes y de vaginas y de corazones... Ahí sí que ardió Troya.

¿Es imaginable esto hoy, en medio de este disparate de referencias cloacales en las que chapotea normalmente la mayor parte de los medios argentinos? Lo bueno para los profesionales universitarios es que no saben vivir sino en libertad y la idea de que ésta no exista es, sencillamente extravagante para ellos. Una parte se nutre de un paso por la universidad que los obliga a leer muchos textos que los "de oficio" jamás hubieran transitado, se pregnan de ellos, aunque sea tenuemente, de autores y problemáticas que, al menos, tienen la virtud de poder abrirles el apetito intelectual, ensancharles sus horizontes cognitivos y ponerlos en condiciones de problematizar sus desempeños profesionales, lujos todos que eran inconcebibles hace 25 años.

Pero la superior hondura de la que se aprovisionan hoy los educandos y que nutre el bagaje de los jóvenes profesionales va de la mano de un exceso a menudo asfixiante de retórica

seudo intelectual. Han leído al muy prescindible Baudrillard pero gran parte de ellos es incapaz de armar en su discurso oral oraciones completas con unidad de sentido. También son víctimas de una formación de aula que no se brinda con la consecuente y masiva formación específica que requiere el periodismo. Los veteranos vemos en muchos de los jóvenes periodistas más nobles y bien encaminados una tendencia irresistible a sobredimensionar sus profesiones, ya sea por la incontable ansia literaria que a muchos desborda, como por la incontenente ambición de cambiar al mundo usando al periodismo como partero de la historia.

Cuando se han entrenado en escuelas de periodismo menos intelectualizadas y más propensas a la formación práctica, emergen graduados muy lubricados para la cadena de montaje de radios, canales de TV y redacciones gráficas, pero de una chatura espiritual desconsolante.

### Modificaciones en la enseñanza

En términos genéricos, sin embargo, es difícil definir cuál es el perfil del egresado universitario en la actualidad. Es posible que en el caso de las universidades de La Plata, Rosario, Córdoba y Buenos Aires, para citar algunos, ofrezcan resultados muy dispares y que de ellos surjan conclusiones poco precisas. Mi experiencia se re-

*Un acentuado ideologismo profundiza los rasgos más negativos para un periodista: generalizaciones, pensamiento abstracto, posturas de alto y gratuito voltaje ético, entre otras.*

fiere a la Capital Federal y a lo que he podido percibir en vistas de trabajo a diversas ciudades de nuestro país. De ellas, algunas primeras aproximaciones surgen estos indicios:

1) Fuerte dosis de intención civil en el perfil de definición de la propia actividad, expresada en términos de "sentido" de la tarea: transformar el mundo, liquidar la corrupción, denunciar a los "políticos", ayudar a los pobres, solidarizarse con los excluidos, etc.;

2) Densa carga de componentes ideológicos, importados de las Ciencias Sociales que forman un tramo importante de los estudios: El egresado tiende a saber quien hoy es Toni Negri o Baudrillard, pero es poco probable que haya leído las "Aguafuertes Porteñas" de Roberto Arlt. Este acentuado ideologismo profundiza los rasgos más negativos para un periodista: generalizaciones, pensamiento abstracto, posturas de alto y gratuito voltaje ético, entre otras;

3) Una visible tendencia a asociar comunicación con marketing publicitario, ahora amenuada con la caída del modelo anterior, pero que desde 1990 en adelante se hizo muy ostensible, sobre todo cuando la TV y la radio fueron dejando de hablar de periodismo y periodistas para derivar a comunicación y "comunicadores", misma época en la que desde el progresismo post-alfonsinista se abandonó la palabra pueblo para canjearla por "la gente". Esta oscuridad donde se comunica

desde diversos espacios pero se eluden los rigores, principios, exigencias y tradiciones del periodismo, contribuyó a una sensible pérdida de identidad profesional. De la misma manera que el clasismo marxista admitió desde los años setenta convertir al periodista en "trabajador de prensa", la desilusión moderna de la última década convirtió a los acicalados "comunicadores" en el nuevo nombre de la profesión. En Buenos Aires, el sindicato de los "trabajadores de prensa", la UTPBA, reivindicó, así, como propias las figuras de Mirtha Legrand, Mercedes Sosa y César Luis Menotti en una recordada campaña de afiches contra las omisiones y la censura. 4) Fuerte prioridad, en este orden, a la televisión, la radio e Internet, sin el pasaje necesario por escuelas que enseñen fehacientemente a escribir y a hablar con la menor cantidad posible de errores y horrores, tan visibles hoy en la cotidianidad periodística.

5) Clara ventaja etaria: el egresado de hoy compone sus textos en word, investiga en internet, hace estadísticas en excel y scanea sus textos, virtudes hacendosas todas ellas para las que los periodistas mayores de 45 años de pronto experimentan algunas limitaciones.

La enseñanza del periodismo como actividad profesional debería plantearse como una suerte de postgrado intermedio, a la que se debería llegar luego de un "zócalo" obligatorio de tres años de formación uni-

ANCLAJES

versitaria, equivalente e imprescindible para todos aquellos que aspiran a trabajar en las llamadas "ciencias sociales". Tras esa etapa, el aspirante a periodista debería atravesar un ciclo de tres años, específicamente orientado al aprendizaje y desarrollo de las técnicas profesionales, que se nutra de un cuerpo común en el cual abren todos, sin especialidades ni formatos específicos excluyentes.

Privilegiaría de manera asertiva un contacto bien directo con las condiciones verdaderas en que se desarrolla hoy la actividad periodística, enfatizando el contacto con las generaciones relativamente activas y exigiendo de manera inexcusable un fuerte entrenamiento en las destrezas esenciales para saber informar y en la realidad política y

económica de la historia argentina de los últimos 30 años.

Sería bueno que, tal como se hizo en la Universidad Nacional de La Plata, la facultad respectiva se llamara "de Periodismo", para eliminar ambigüedades y aclarar confusiones perjudiciales. Un aspecto aparentemente "cuantitativo" se me ocurre cualitativamente indispensable: las escuelas de comunicación de las universidades estatales se parecen a grandes corralones recolectores de miles de contradictorias y confusas vocaciones. No se puede seguir aumentando fraudulentamente una matrícula completamente desajustada a la realidad del periodismo argentino. Este país necesita, en verdad, no más de la cuarta parte de quienes hoy "estudian comunicación", pero ese 25

por ciento debe tener una formación muy superior a la que hoy exhiben cuando egresan.

La cuestión de los idiomas debería ser, ya, una cláusula de prioridad obligatoria: un periodista argentino debe manejar decentemente el portugués brasileño y tener un manejo fluido del inglés, sin excusas. Un serio conocimiento de la historia y de la geografía de la Argentina es igualmente indispensable y la carencia del mismo se torna muy evidente en una matrícula que se maneja con extraordinaria precariedad en asuntos elementales vinculados con el tiempo y el espacio. Si de peso específico curricular se trata, yo volcaría los esfuerzos a construir en los estudiantes sólidas formaciones nacionales, humanísticas y tecnológicas, en el marco de una realidad que para la Argentina se asocia mucho con el destino del Mercosur y en un mundo que, por el momento, exhibirá una abrumadora hegemonía de los Estados Unidos y de sus valores.

En cuanto a los posgrados como aporte a la formación, considero que los lanzados por "Clarín" y "La Nación" en asociación con dos universidades privadas (San Andrés y Di Tella) me parecen bastante extravagantes y orientados más que nada a reclutar valores jóvenes para las redacciones de ambos medios, diezmadas de profesionales avezados. También influye la pátina de prestigio que parecen obtener de la sensación de parecerse a verdaderas es-

*No se puede seguir aumentando fraudulentamente una matrícula completamente desajustada a la realidad del periodismo argentino. Este país necesita, en verdad, no más de la cuarta parte de quienes hoy "estudian comunicación", pero ese 25 por ciento debe tener una formación muy superior a la que hoy exhiben cuando egresan.*

cuelas de excelencia, como la Facultad de Periodismo de la Universidad de Columbia en Nueva York. Pero son postgrados excesivamente virtuales, contruidos al margen de una escuela de grado exigente y en foco con los asuntos primordiales de la profesión. Son cursos de actualización para gente inquieta, pero muy improbablemente surjan de ellos grandes profesionales del periodismo o excepcionales investigadores de la temática.

### La actividad periodística y sus condicionamientos

Y más allá de la formación académica, la realidad hoy de los periodistas que trabajan, es que viven con terror a perder su empleo. No tienen posibilidades ni de imaginar años sabáticos ni de encarar actualizaciones y mejoramientos profesionales. Fuera de los medios gráficos, quienes se mueven en los ámbitos de radio y TV han devenido en productores de sí mismos, obligados a recaudar patrocinantes y, cuando les queda tiempo, a procurarse información para su tarea específica. A esa menesterosidad cotidiana derivada de la forma adoptada en el gremio por la flexibilización y el achicamiento de las empresas, se une el espíritu de la época, que ha insuflado un cinismo político inaudito a la mayor parte de los profesionales argentinos.

La búsqueda de la perfección en los espacios periodísticos de la televisión, por ejemplo,

suele ser una batalla perdida ante los embates de las exigencias del medio, que abiertamente prioriza el escándalo, la truculencia y la frivolidad, todo en el marco de un supuesto dinamismo que es pura rapidez insensata. Diarios y revistas han cambiado de piel de manera veloz e irracional, han perdido editores que navegaban por la mejor época de sus vidas periodísticas (entre los 45 y los 55 años) y se han cubierto con redacciones juveniles y a menudo intrépidas en las que abunda la búsqueda del impacto, asociada con una temible falta de profundidad y conocimientos detallados.

El universo periodístico argentino no es ni mejor ni peor que la política de este país, con muchos protagonistas talentosos y trabajadores, y muchos otros indecentes y mediocres. Brilla, sí, por su ausencia una auténtica mirada crítica. Ningún diario nacional que se edite en la Capital tiene un defensor del lector. Si bien los esfuerzos del diario "La Nación" por ser transparente con algunos de sus errores deben ser reconocidos, no se produce en el periodismo argentino un auténtico y sólido desarrollo en serio de la

filosofía de la fe de erratas. En este país, cuando los medios admiten que deben rectificar un error, sólo aceptan publicar en su lugar una "aclaración" vergonzante.

Otro dato relevante del universo periodístico local es la presencia de la mujer en el medio, una tendencia muy fuerte que se ha hecho hasta casi hegemónica en los últimos años. Con cargos nunca antes cubiertos por mujeres y ahora asegurados por periodistas de ese género, el movimiento ha sido evidente y muy positivo. No hay, es cierto, medios conducidos por mujeres en el mayor puesto profesional, pero conductoras de radio y TV, secretarias de redacción y mujeres corresponsales y enviadas especiales abundan ahora como nunca, lo cual le da a la profesión nuevas sensibilidades, colores diferentes, aproximaciones nuevas.

En la Argentina hay, en rigor, un

solo grupo multimedial verdadero, que es "Clarín". Otras experiencias han quedado a mitad de camino o son demasiado coyunturales y corruptas (como la central de medios de Daniel Hadad, presente en varios formatos).

La influencia de un grupo como "Clarín" en los medios propios (el diario, Canal 13, Radio Mitre, la señal Todo Noticias, la agencia DYN y otros) es muy ostensible: pone en red a la mayor parte de sus recursos, uniforma y achata las características específicas de cada uno de ellos y suele aglutinarlos para tomas de posición corporativas muy precisas y taxativas. En el caso de grupos mixtos (comunicaciones, periodismo y otros emprendimientos), como las propiedades de Telefónica en la Argentina (Telefé, Radio Continental), la concentración supone muy precisas normas de condicionamiento ideológico en relación a los intereses de la corporación madre.

Finalmente, y teniendo en cuenta el año electoral donde los periodistas juegan un rol importante en este escenario político, quisiera agregar como ciudadano y periodista, que no existe contradicción alguna entre ambos roles. Que uno puede defender de manera honorable no sólo unos principios sino también ciertas miradas propias, sin que esto aniquile el desempeño profesional. En todo caso, siempre se presentan dilemas más o menos espinosos que se van resolviendo

acorde con las humanas posibilidades. Mi compromiso con el ancho espectro de matices que es mi obligación preservar para un público diverso y cambiante, no anula la emisión de mis propios y personales registros, incluyendo exaltaciones y vituperios, condenas y absoluciones. A menudo, el problema principal deriva de la falta de acceso profundo y sin concesiones a ciertos temas y personajes que, alertados por el perfil alto e innegociable de ciertos periodistas, quitan el cuerpo al debate libre con estos, condicionando el resultado del desempeño de los mismos. Mi condición ciudadana no sólo no se halla en contradicción con mi profesión de periodista, sino que a menudo se potencia y se enriquece en una misma persona, que ha hecho de su actividad una manera de ser y habitar el mundo. ■

*Tram(10)as*